

# Guerra de cerebros

Marina Garcés

Extraído de: Garcés, M. (2020), *Escuela de aprendices / Escola d'aprenents*, Galaxia Gutenberg.

Un joven menor de edad se agarra la cabeza y dice: “nosotros no tenemos cerebro”. Tiene la cara pixelada y se dirige a las cámaras desde un centro de reeducación de menores en una isla del sur de Italia.\* Este muchacho, como sus compañeros, ha crecido entre drogas, pobreza y mafia. El estado utiliza una combinación de acción penitenciaria y educativa para enderezar su camino. Pero las palabras del muchacho tocan el punto débil de esta operación: ellos no tienen cerebro. Es decir, la devastación ya ha tenido lugar allí donde el sistema actual focaliza todas sus promesas y todas las expectativas: el cerebro. Se agarra la cabeza, porque se refiere al cerebro físico, orgánico, afectado ya por una infancia degradada. Pero ha entendido perfectamente que el cerebro no es solo un órgano. Es un potencial que, en su caso, ya ha quedado fuera de lugar. Habla quien se sabe residuo. Vida desperdiciada consciente de sí misma.

En el otro extremo de este testimonio, el márketing cognitivo inunda redes, escuelas y universidades con propuestas para entrenar, programar y mejorar las capacidades del propio cerebro. “Decidí cambiar mi cerebro”. Es el punto de partida de Barbara Oakley, autora de uno de los cursos más vistos de la historia en la plataforma de MOOCs Coursera. Ha hecho réplicas en forma de TED Talks y libros. En sus libros y cursos explica un testimonio personal de esfuerzo y de éxito basado en cambiar patrones de aprendizaje, desde una infancia sin acceso a una buena educación, el paso por el ejército y, finalmente, la formación en ciencias y en tecnología al más alto nivel. Es una historia individual basada en el desarrollo de técnicas de aprendizaje que supuestamente cualquier otro individuo podría aplicar en otros contextos, independientemente de factores sociales, culturales o de contenido. Se trata de modificar los comportamientos y, de esta forma, reprogramar el cerebro. Barbara Oakley no es un caso aislado. Solo se trata de una voz popular, entre otras, de lo que es una oleada académica y mediática de las ciencias del aprendizaje y de sus ramificaciones en la psicología, la pedagogía, las neurociencias y la tecnología. Cerebros orgánicos, cerebros de silicio, neuronales o algorítmicos, son la nueva fantasía humana, posthumana y transhumana acerca de un nuevo potencial. Que haya parte de fantasía no significa que no haya voluntad de poder. Solo hace falta seguir la pista de las inversiones económicas que se dedican a ella.

\* Testimonio del reportaje *Baby Boss, los cachorros de la mafia* (2018) de Raphaël Tresanini y Nicolas Dumond (emitido por el espacio 30 Minuts de TV3 el domingo 7 de julio de 2019).

## Guerra de cerebros

Podemos preguntarnos: ¿quién de los dos es más capaz de pensar por sí mismo, el muchacho pixelado en una isla del sur de Italia o la reprogramadora de cerebros? La pregunta podría abrir un debate que la página escrita no permite, pero que dejo abierto y en manos de los lectores. Avanzo, sin embargo, mi reflexión, que argumentaré a lo largo de este capítulo. Para mí, es evidente que quien piensa por sí mismo es el muchacho capaz de decir “no tenemos cerebro”. No se ciñe a resultados. No tiene el aval del éxito, como Barbara Oakley o tantos otros como ella. Su conciencia es clara, respecto a los mensajes que recibe del sistema institucional, tanto penal como educativo. Respecto a su propia existencia, no puede serlo más. Su constatación, casi forense, establece un límite a partir del cual todo está por volver a ser pensado: ¿qué puede hacer alguien cuyo cerebro ya ha sido devastado?

A lo largo del libro hemos definido la emancipación como la capacidad de pensar por uno mismo en relación con los demás. En este sentido, podríamos decir que es él quien, a pesar de la devastación y de la reclusión, está más emancipado. Que el chico pixelado pueda ser visto como un hombre emancipado puede parecer absurdo. Es un perdedor desde la casilla de salida. Dice Nietzsche en la *Genealogía de la moral* que el hombre de la voluntad libre, el que cree que ha llegado a tener poder sobre su destino, es quien, interiorizando la norma, se cree soberano de su conciencia. Evidentemente, esta soberanía es una ilusión construida sobre mucho dolor. La camisa de fuerza del alma se aplica tanto a los vencedores como a los vencidos de este proyecto de civilización que confunde la autonomía con el dominio. Actualmente, esta confusión peligrosa se presenta como un prometedor programa de mejora cerebral cognitiva y emocional, basado en la idea de autorregulación y de reinención. La conciencia es otra cosa. Pensar por uno mismo no tiene que ver con dominar el propio destino, ni siquiera el propio proyecto vital o personal. Consiste en poder elaborar una conciencia del mundo a través de la propia existencia, sea cual sea su punto de partida o de llegada.

Sostienen los neurocientíficos que la conciencia es la última frontera de la ciencia, el misterio que los grandes avances de la neurociencia de la última década del siglo xx aún no han conseguido descifrar. Quizá es que muchos de ellos todavía aplican la mirada de los exploradores y de los escrutadores del universo, que buscan la verdad última y su lugar secreto. Pero este Grial neurológico no es más que el efecto incierto a través del cual emerge un *quién*. Es decir, un sí mismo que puede decir yo, que puede dar la cara con más o menos vergüenza y que puede aprender a vivir con los demás, con más o menos fortuna. Si existir es “estar fuera”, la conciencia es un pliegue, un conjunto abierto de sensaciones, percepciones y relaciones que se repliega para dar cuenta de sí misma y del mundo.

Cada vez sabemos más cosas de cómo funciona el órgano cerebral. La última década del siglo xx fue declarada la “década del cerebro”. Así lo proclamaron políticos, científicos e instituciones nacionales y globales, concretamente el 17 de julio de 1990 fue hecho público por George W. Bush, entonces presidente de los Estados Unidos. Sin embargo, la década del cerebro quedó corta y ha dado paso al siglo del cerebro, porque se prevé que el cerebro sea la nueva tierra incógnita

donde tanto la ciencia como los proyectos tecnológicos y políticos del futuro inmediato descubran nuevos territorios y construyan sus dominios. La neurociencia se está convirtiendo en la matriz invisible de las demás ciencias y prácticas sociales, desde las más especulativas hasta ámbitos tan prácticos como la innovación tecnológica o el márketing. Evidentemente, la pedagogía ocupa un lugar central en esta visión en la que la neurociencia se convierte en paradigma desde donde explicarlo todo. De nuevo, la tentación totalizadora y la proliferación de mitos que sirven para construir nuevas cosmovisiones. Por eso, la frontera entre las neurociencias (mejor referirse a ellas en plural) y el neurocentrismo, como forma de ideología que lo explica todo a través su supuesta base neuronal es muy fina. Y la tentación es muy fuerte, porque las neurociencias parecen poder ofrecer precisamente aquello que más nos falta en la experiencia contemporánea del mundo: evidencias y autoridad. Evidencias y autoridad científicas, que si no son tratadas críticamente, se convierten en evidencias y autoridad políticas.

### Plasticidad y flexibilidad

*Somos nuestro cerebro*: este es el presupuesto fundamental de las neurociencias contemporáneas. El cerebro está caracterizado por la plasticidad, añaden. Cerebro y plasticidad son las dos palabras clave de este nuevo paradigma. Dicho así, la afirmación puede parecer transparente, casi obvia. Sin embargo, ¿qué es y de quién es mi cerebro? ¿Cómo lo definimos y delimitamos? ¿Dónde empieza y dónde acaba? Quizá podríamos decir, parafraseando el viejo dogma liberal, que mi cerebro acaba donde empieza el de otro. O más exactamente: donde entra en competición con el de otro.

La década del cerebro no solo ha expandido el conocimiento que tenemos del órgano cerebral, sino que ha puesto a los cerebros a competir y a combatir entre ellos. En la década del cerebro, los cerebros humanos y sus ampliaciones no humanas han entrado en guerra: entre ellos, entre ellos y las máquinas, y entre proyectos de investigación que dibujan hoy toda una geopolítica de la ciencia del poder. El lenguaje militar y el deportivo, que siempre han estado en continuidad, han colonizado los neuro-territorios. Las competiciones entre humanos y máquinas a la hora de jugar al ajedrez, por ejemplo, son una de las escenificaciones paródicas de esta guerra, que cotidianamente tiene lugar entre nosotros, entre unos y otros. El entrenamiento, el rendimiento, la eficacia, la frontera, la superación, la potencia... son parámetros de una concepción de la inteligencia que se mide en función de sus objetivos y de sus resultados. Objetivos y resultados: dos términos más que organizan, hoy también, toda la práctica pedagógica. ¿Conseguidos? ¿No conseguidos? Las chinchetas en el mapa militar son las lucecitas en el mapa neuronal. Y como toda guerra militar o deportiva, también la guerra de cerebros tiene sus élites, sus vencedores y sus damnificados. "Nosotros no tenemos cerebro".

La guerra de cerebros tiene dos objetivos principales: aumentar la inteligencia y capturar la atención. En esta guerra, la inteligencia es la potencia y la atención es el recurso. La combinación de ambas se mide en índices de eficacia y de rendimiento. Los parámetros de este campo de juego se manifiestan de forma muy evidente en el campo de la pedagogía actual. Según esta ideología neurocéntrica,

la inteligencia es entendida como la capacidad de resolver problemas en un entorno cambiante. Resolver problemas adecuadamente es adaptarse con éxito a los requerimientos del entorno, de manera efectiva e, incluso, creativa. Desde esta concepción de la inteligencia, cualquier aprendizaje adquiere un sentido adaptativo, solucionista y optimizador. Su objetivo, en último término, es dominar al máximo la incertidumbre. Del mismo modo, la atención es vista como recurso escaso que hay que explotar, ampliar y aprovechar hasta sus últimas posibilidades. Desde esta aproximación economicista y extractiva, la atención es un límite para las fantasías de la superinteligencia. La fantasía de aumentar indefinidamente la eficacia resolutoria de los procesos inteligentes choca con el factor humano: de momento, los humanos aún tenemos una capacidad limitada de atención, tanto en calidad como en cantidad. Desde la guerra de cerebros, soy mi cerebro significa, implícitamente, soy lo que puede y vale mi cerebro. Si Spinoza hizo famosa la expresión de que no sabemos lo que puede un cuerpo, gran parte de los esfuerzos de las neurociencias y de sus derivados como el neuromárketing están puestos en intentar saber qué puede un cerebro y hasta dónde se pueden desplazar los límites de la inteligencia (humana y no-humana) y de la atención. Desde esta métrica neuronal y computacional, la principal virtud del cerebro, que es su plasticidad, queda sometida a un único criterio de valor: ¿hasta dónde se puede ampliar?

Como analiza la filósofa francesa Catherine Malabou, la plasticidad del cerebro queda así reducida a su flexibilidad, que es un concepto central del capitalismo neoliberal. "La flexibilidad es el avatar ideológico de la plasticidad."<sup>\*</sup> Mientras que la flexibilidad se define únicamente como la capacidad de recibir una forma, la plasticidad incluye también la de crear, modificar e incluso destruir toda forma adquirida. Es por ello que, como dice Malabou, toda visión acerca del cerebro es necesariamente política. No se define por la pregunta ¿qué puede mi cerebro?, sino, como reza el título de uno de sus libros: ¿qué tenemos que hacer con nuestros cerebros? Desde esta perspectiva, no solo somos lo que puede y vale nuestro cerebro, sino que somos todo aquello con lo que nuestro cerebro se relaciona. Más allá de la flexibilidad, la plasticidad es relación creativa y posibilidad de destrucción.

La guerra de cerebros es una guerra comercial, tecnológica y social que se centra en la conquista de una tierra finita y cada vez más abusada. La vivimos cotidianamente y en todos los ámbitos de la vida, de noche y de día. También experimentamos los daños que produce, bajo la sensación de que cada vez es más difícil prestar atención a algo o a alguien. Los docentes lo sabemos muy bien, pero no es algo exclusivo de la práctica educativa. Se infiltra y coloniza el día a día de cualquier interacción. Podríamos decir, sin que se trate solamente de una metáfora, que el capitalismo cognitivo se dedica al *fracking* de la atención: extrae de nuestros cerebros hasta la última gota de atención disponible, aunque tenga que exprimirlos, intoxicarlos y hacerles enfermar. En este sentido, la guerra de cerebros es también una guerra contra el cerebro.

\* Malabou, C., *What should we do with our brain*, Fordham University Press, 2008, p.12.